

MUJERES EN EL SEPULCRO: UNA HISTORIA QUE ES NUESTRA

Dolores Aleixandre

Publicado en francés en *Christus* 170 (Abril 1996) 152-169.

Los relatos evangélicos sobre las mujeres en el sepulcro en la mañana de Pascua se han convertido en estos últimos años en un poderoso foco de atención y en una fuente inspiradora. Entre tantas maneras posibles de acceder a su comprensión, he elegido la de una lectura en clave antropológica, intentando que sea la corporalidad de las propias mujeres, tal como aparece en los textos, la que se convierta para nosotros en portadora de sentido. Lo haremos a partir de un sencillo esquema bíblico que contempla al ser humano a partir de tres pares de órganos: corazón/ojos; boca/oídos; manos/pies como símbolos de su sentir y pensar, su decir y su hacer. Y lo aplicaremos a estos textos: *Mt* 27,57-61; 28,1-10; *Mc* 15,42-47; 16,1-8; *Lc* 24,1-11; 22-24; *Jn* 20,1-2.11-18.20.

Otra perspectiva adaptada va a ser la de tener como marco de referencia del AT el Cantar de los Cantares. Normalmente es en el encuentro de María Magdalena con Jesús donde se resaltan las coincidencias, pero creo que en el grupo de mujeres de que nos hablan los sinópticos, se dan también elementos típicos del Cantar: ausencia, búsqueda, encuentros, apresuramiento, llamadas, nombres, imperativos, abrazos, temor, gozo, perfumes... Lo que importa no es determinar si los evangelistas “se inspiraron” en el Cantar, sino ser capaces nosotros de “aspirar” el aroma común que existe en ambos y captar cómo los atraviesa la misma dinámica de un amor, siempre herido por el deseo del encuentro y siempre desbordado por la experiencia de su gratuidad.

Mujeres que recuerdan y miran

El corazón hace referencia a la totalidad de la persona, a su centro original e íntimo, a lo que hay en ella de más interior y más total, a aquella dimensión profunda que orienta el deseo y la búsqueda: “Yo dormía pero mi corazón estaba en vela (...) Me levanté y recorrí la ciudad por las calles y plazas buscando al amor de mi alma...” (*Cant* 5,2; 3,3). Es ese apasionamiento el que se desborda en la gama de emociones que reflejan los textos:

“*Buscáis* a Jesús Nazareno, el crucificado...” (*Mc* 16,6).

“...llenas de *miedo* y *gozo*” (*Mt* 28,8).

“...quedaron *espantadas* (...), *temblando* y *fuera de sí*. Y de puro *miedo*, no dijeron nada a nadie” (*Mc* 16,4.8).

“Estaban *desconcertadas* (...) y *recordaron* sus palabras...” (*Lc* 24,4.8).

“María estaba frente al sepulcro, fuera, *llorando* (...) Le dice Jesús: –Mujer, ¿por qué *lloras?*, ¿a quién *buscas?*(...) Le dice Jesús: –¡María! Ella se vuelve y le dice en hebreo: ¡*Rabbuni!*” (*Jn* 20.11.15-16).

Los ojos expresan hacia fuera todo ese mundo interior y lo conectan con la realidad; por eso la mirada de alguien es reveladora de lo que hay en ella de más profundo y auténtico. “¿Habéis visto al amor de mi alma?” (*Cant* 3,2) pregunta la muchacha del Cantar, con la naturalidad con que el que ama da por supuesto que todas las miradas serán atraídas por el que

se ha adueñado de la suya.

- “María Magdalena y María de José *observaban* dónde lo colocaba” (Mc 15,42-47).
- “Las mujeres que lo habían acompañado desde Galilea fueron detrás para *observar* el sepulcro y cómo habían colocado el cadáver” (Lc 23,55).
- “*Alzaron la vista y observaron* que estaba corrida la piedra” (Mc 16,4).
- “Va María Magdalena al sepulcro y *observa* que la piedra está retirada del sepulcro” (Jn 20,1).
- “...se inclinó hacia el sepulcro y *ve* dos ángeles vestidos de blanco” (Jn 20,11).
- “...se vuelve y *ve* a Jesús de pie” (Jn 20,14).
- “...*vieron* un joven vestido con un hábito blanco” (Mc 16,5).
- “...quedaron espantadas, *mirando al suelo*” (Lc 24,5).
- “*Mirad* el lugar donde lo habían puesto” (Mc 16,6).
- “...irá por delante a Galilea; allí lo *veréis*” (Mt 28,7).
- “...volvieron diciendo que habían tenido una *visión* de ángeles” (Lc 24,24).
- “Llega María anunciando a los discípulos: *He visto* al Señor” (Jn 20,18).

A través de sus sentimientos y de su mirada descubrimos lo que “habita” la interioridad profunda de estas mujeres: aquello que buscan, recuerdan y miran está absolutamente polarizado en Jesús a quien llevan grabado “como un sello sobre su corazón, como un sello sobre su brazo” (Cant 8,6). Su imagen, grabada en el cristalino de sus ojos, está para ellas presente en cualquier realidad. Estuvieron “mirando de lejos” al crucificado y han quedado fascinadas por él (cf. Gal 3,1).

Su ausencia ha despertado en ellas el deseo y la búsqueda y ha integrado todos sus afectos: temor, desconcierto, gozo, llanto..., no tienen otro centro de atracción más que él. Si no hay en ellas esperanza de resurrección y van a ungir un cadáver, la intensidad de un amor “fuerte como la muerte” (Cant 8,6) va a conducir las a la fe.

Mujeres que escuchan y anuncian

La dimensión expresiva reside, ante todo, en la capacidad de escucha simbolizada por los oídos. “Oigo a mi amado que me llama...” (Cant 5,2). Su otra vertiente, el decir, hablar, anunciar, contar... se atribuye a la boca, la lengua o los labios y la comunicación humana surge de la necesidad de revelar la propia intimidad, de compartir con otros lo que se piensa, se siente, se experimenta. Por eso, aunque el Cantar celebra el amor de una pareja, la fuerza expansiva de ese amor introduce a otros muchos (las “muchachas de Jerusalén”, los amigos del novio) en su celebración, como si necesitaran contar cada uno lo que admira y descubre del otro. ¿Qué oyeron las mujeres en aquella mañana del primer día de la semana? ¿Qué voces, qué palabras, qué llamadas, qué imperativos...?

- “*No temáis.. Acercaos...id corriendo a decir...*” (Mt 28,7).
- “*¡Alegraos! No temáis; id a anunciar ...*” (Mt 28,10).
- “*No os espantéis. Id a decir...*” (Mc 16,6-7).
- “*Recordad* lo que os dijo...” (Lc 24,6).

“*Ve a decir a mis hermanos...*” (Jn 20,15)

¿Cuál fue su respuesta?

“...corrieron a *anunciar* a los discípulos” (Mt 28,8).

“...se volvieron del sepulcro y se *lo anunciaron* todo a los once y a todos los demás...” (Lc 24,10).

“...unas mujeres de las nuestras (...) volvieron *diciendo* que él está vivo. También algunos de los nuestros fueron al sepulcro y lo encontraron como *lo habían contado* las mujeres...” (Lc 24,23-24).

“Llega María *anunciando* a los discípulos: He visto al Señor y *me ha dicho esto*” (Jn 20,18).

“Lo que hemos visto y oído, os lo anunciamos” (1Jn 1,3). Ellas anuncian lo que han visto y, sobre todo, lo que han escuchado. Acceden al conocimiento a través del oído, más receptivo y menos posesivo que la vista. María Magdalena “ve” a Jesús pero su mirada resulta insuficiente y sólo al escuchar su voz lo reconoce. Y es la fuerza de esa palabra acogida en la fe la que las empuja a contar, a comunicar, a hacer llegar a otros lo escuchado.

Hay un murmullo en los relatos, un “rumor de ángeles” que nace de las que ahora están encarnando a la “mensajera de buenas noticias” de Is 40,9. Como los pastores de Belén, “cuentan” lo que han visto y oído y van tejiendo una red de comunicación que vincula, por primera vez, al Resucitado con los suyos y desembocará también en la fe y en la alabanza (cf. Lc 2,19-20). No importa que su anuncio cree sobresalto, que nos las crean y escuchen sus palabras “como un delirio” (Lc 24,11). “Las aguas torrenciales no podrán apagar el amor ni anegarlo los ríos. Es centella de fuego, llamarada divina...” (Cant 8,7).

Mujeres que corren llevando perfumes

El hacer y el actuar humanos se expresan a través de las manos y también de los pies que definen comportamientos, costumbres, “camino”.

“Mis manos destilan perfume de mirra” (Cant 5,5), podrían decir lo mismo que la novia del Cantar, las mujeres que se dirigían de madrugada al sepulcro. Pero, cuando en vez de un cadáver encuentran al Viviente, sus manos sueltan los perfumes para abrazar sus pies (Mt 28,9; Jn 20,17).

“...compraron *perfumes* para ir a ungirlo” (Mc 16,1).

“...prepararon *aromas y ungüentos*(...) fueron al sepulcro llevando los *perfumes* preparados” (Lc 24,1).

“Ellas se acercaron, *se abrazaron a sus pies y se postraron* ante él” (Mt 28,9).

“¡Llévame contigo, correremos...!” (Cant 1,4).

Como María al encuentro de Isabel, como los pastores corriendo al pesebre, como Zaqueo bajando del árbol, como el padre al encuentro del hijo perdido, como los de Emaús volviendo a Jerusalén: cuando el corazón “está en ascuas”, el ritmo vital se contagia de ese fuego y hace los pies ágiles y fácil la carrera:

“...Id *corriendo* a anunciar... Ellas se alejaron *deprisa* del sepulcro y *corrieron*...” (Mt 28,7-8).

“*Salieron huyendo* del sepulcro...” (Mc 16,8).

“...María Magdalena llega *corriendo* adonde estaban Simón Pedro y el otro discípulo...” (Jn 20,1-2).

Hasta el marco temporal refleja esa urgencia que nace del apasionamiento: todo sucede de madrugada, en ese momento en que también la luz está anticipándose al día:

“El primer día de la semana, *muy temprano*, llegan al sepulcro *al salir el sol*” (Mc 16,1).

“...*al despuntar el alba* del primer día de la semana” (Mt 28,1).

“El primer día de la semana, *de madrugada*...” (Lc 24,1).

“...yendo *de madrugada* al sepulcro” (Lc 24,24).

“El primer día de la semana, *muy temprano, todavía a oscuras*...” (Jn 20,1).

Estamos en clima de Vigilia Pascual y no es tiempo de dormir sino de velar en medio de la oscuridad de la noche. Los perfumes son las lámparas encendidas que iluminan su espera (cf. Mt 25,7), y por eso hay preparativos, impaciencia, urgencia de adelantarse al amanecer. Es la primera mañana de la nueva creación y las tinieblas del caos primitivo están a punto de dejar paso al resplandor del lucero de la mañana (2Pe 1,19).

¡Queremos buscarle con vosotras! (cf. Cant 6,1)

¿Cómo buscar nosotros al Resucitado con Magdalena, María, Salomé, las otras...?
¿Cómo hacer de su historia “nuestra historia”?

Vamos a tratar de aprender sabiduría de estas mujeres a las que, con lenguaje del AT, podemos llamar *hayil*, “mujeres de recursos”, lo mismo que Rut (3,11) y que la mujer ensalzada en el libro de los Proverbios (Prov 31,10) y reconocer en ellas su capacidad de afrontar los acontecimientos con sabiduría y audacia.

La realidad que se describe en los relatos como precediendo a la Pascua tiene el nombre dramático de muerte, fracaso, decepción de todas las expectativas. Todos los discípulos, tanto hombres como mujeres, pensaron a lo largo de todo aquel sábado que sólo les quedaba un cadáver en un sepulcro. Las palabras desalentadas de los de Emaús. “Nosotros esperábamos... pero...” reflejan una situación de pérdida de esperanza que quizá es también la nuestra en un tiempo en el que hablamos de ausencia de Dios, de exceso de dolor, de tumbas vacías de esperanza.

También nosotros podemos sentirnos como si siguiéramos aún en el anochecer del viernes, volviendo con ánimo abatido de enterrar en el sepulcro proyectos, ilusiones y promesas. También nosotros podemos reaccionar: “llorando y hacer duelo” (cf. Mc 16,10) “cerrando las puertas por miedo...” (cf. Jn 20,19). La piedra es demasiado grande para nuestras fuerzas, el orden internacional demasiado injusto, la violencia demasiado arraigada, la presencia creyente irrelevante, la Iglesia demasiado temerosa...

Por eso la tentación puede ser “prolongar el sábado”, refugiarnos en una espiritualidad evadida, permanecer en una parálisis inerte. O tomar caminos de vuelta a Emaús que alejan de los sepulcros y de los crucificados y tratan de escapar no sólo de su dolor sino también de su memoria.

Pero hay en la mañana del “primer día de la semana” un camino alternativo: el de quienes, entonces y ahora, echan a andar “todavía a oscuras” y se acercan a los lugares de muerte para intentar arrebatarse a la muerte algo de su victoria. Como intentaban borrar algo de su rastro aquellas mujeres a fuerza de perfumes. Saben que no pueden mover la piedra pero eso no les detiene. Son conscientes de la fragilidad y la desproporción de lo que llevan entre las manos, pero esa lucidez no apaga el incendio de su compasión ni hace su amor menos obstinado. Quizá no viven todo eso desde la plenitud de la fe, ni le ponen el nombre de esperanza a sus pasos vacilantes en la noche. Pero hacen ese camino abiertos al asombro, apoyados en el recuerdo de palabras que prometen vida, dispuestos a dejarse sorprender por una presencia oscuramente presentida.

Los evangelios de Pascua “están de su parte”. Se lo dicen, nos lo dicen a todos, esas mujeres que irrumpen de nuevo en nuestros cenáculos anunciando: “¡Hemos visto al Señor!”. De ellas recibimos la buena noticia: el Viviente sale siempre al encuentro de los que le buscan, los inunda con su alegría, los envía a consolar a su pueblo, los invita a una nueva relación de hermanos y de hijos.

Él va siempre delante de nosotros, palabra de mujeres.

Galilea es la encrucijada de todos nuestros caminos.